

DOS GRANDES PÉRDIDAS

DESDE LA COMPOSICIÓN del último número de la revista, la *NLR* ha perdido a los dos escritores políticos más dotados que han encendido sus páginas a lo largo de los años, Tom Nairn y Mike Davis. Ambos tuvieron tal envergadura, que su vida y su obra se extendieron mucho más allá de esta revista, requiriendo la consideración por parte de otros capaces de introducir otras escalas de valoración. Sólo la parte de lo que lograron en conexión con la *NLR*, que es difícil de exagerar, y algunas de las diferencias existentes entre ellos, tienen cabida en este texto. La muerte los convocó a ambos en un estrecho lapso de tiempo. ¿Se tocaron en algún otro aspecto? Cada uno de ellos era una mente tan enteramente original que, cuasi por definición, parecería que tenían poco en común. Generación, clase, nacionalidad, formación, temperamento: todo los separaba radicalmente. Tom era catorce años mayor, había nacido en un pequeño pueblo escocés y su padre era director de una escuela cercana. Polímata por naturaleza, tuvo una educación privilegiada, primero en un *art college*, luego estudiando filosofía en dos universidades británicas, Edimburgo y Oxford, y más tarde en uno de los centros de educación superior más prestigiosos de Italia, la Scuola Normale de Pisa, donde aprendió a hablar italiano con fluidez.

De vuelta a Inglaterra a principios de la década de 1960, concluyó con éxito sus estudios de posgrado e impartió clases en un *art college* de Londres. Allí apoyó la revuelta estudiantil de 1968 y fue despedido por ello. Durante los próximos veinticinco años no volvió a desempeñar puesto de profesor alguno y el resto de su vida estuvo siempre en una situación precaria y a menudo de pobreza, malviviendo como un

nómada en lugares tan distantes entre sí como Ámsterdam, Washington, Praga y, por último, Melbourne, donde a los 70 años encontró trabajo durante una década en una universidad situada a diez mil kilómetros de donde vivía, en West Lothian. Escocés, a quien los modos convencionales ingleses de socialidad le resultaban extraños en un sentido que podía confundirse con la timidez, Tom era por lo general callado y reservado, rehuyendo de la publicidad. Podía ser feroz cuando se expresaba por escrito y sus burlas resultar punzantes; sin embargo, como persona era cálido y amable. El italiano liberaba el entusiasmo y la alegría que atesoraba.

En cuanto a sus orígenes, carácter y carrera Mike era su antítesis. El espléndido retrato que hace de él Bryan Palmer en este número de la revista subraya la diferencia. Un chico de clase trabajadora que creció en dos ciudades industriales del sur de California, rodeado de una cultura adolescente de «alienación ligada a las carreras de coches, el consumo copioso de cerveza y el robo de automóviles», radicalizado por las protestas de los afroamericanos y rápidamente expulsado del *liberal arts college* de Oregón que lo había admitido, se convirtió en activista político del movimiento por los derechos civiles de la década de 1960. Posteriormente, se convertiría en activista a tiempo completo de la Students for a Democratic Society, afiliándose brevemente al Partido Comunista, mientras sobrevivía como conductor de camiones y autobuses. Lector voraz, empapado de publicaciones de izquierda y de historia local, a principios de la década de 1960 se había matriculado en la University of California, Los Ángeles (UCLA), universidad en la que se graduó en 1977. Tras unos pocos años colaborando con la *NLR* en Londres, publicó su primer libro, *Prisoners of the American Dream* en 1986, cuando tenía 40 años. La fama le llegó con su segundo libro publicado en 1990, *City of Quartz*, y con él los correspondientes recursos; pero pasó otra década antes de que consiguiera un trabajo universitario en SUNY Stony Brook, Long Island, en 2000. Para entonces, sin embargo, estaba tan solicitado que pronto pudo regresar al sur de California, obteniendo puestos docentes en la University of California, Irvine, y después en la University of California, Riverside. Mike siguió una trayectoria inversa a la de Tom, moviéndose desde las profundidades más bajas del analfabetismo palurdo hasta las alturas de la aclamación canónica en su tierra natal. Y así, también en muchos otros aspectos su temperamento era el opuesto al del escocés. En determinados momentos de estrés podía ser volcánico, pero sobre todo era genial, alguien a quien le encantaba conversar y que se suavizó con la edad y la seguridad. Carente de cualquier tipo de animadversión hacia

la izquierda, incluso hacia aquellos con los que discrepaba más categóricamente, carecía de toda tensión sectaria. Como persona, era generoso hasta el extremo. Un celeberrimo buen amigo, disfrutaba de la compañía de otros seres humanos y era generoso con las entrevistas.

Tom se unió al nuevo comité editorial de *NLR* en sus inicios, en la primavera de 1962, y fue desde el principio la fuente de las ideas sobre Gran Bretaña con las que se llegó a identificar a la revista. Acababa de volver de Italia, donde había estudiado la totalidad del pensamiento político y cultural de Gramsci, de acuerdo con la edición de la obra de este realizada por el PCI y publicada en seis volúmenes por Einaudi después de la guerra. En Londres empezó a aplicar este corpus gramsciano a las especificidades de la sociedad y la historia inglesas y en otoño de 1963 publicó un ensayo en italiano, «La nemesi borghese», que iba a constituir la piedra angular de las posteriores tesis sobre Gran Bretaña publicadas en la *NLR*. Cuando la revista se relanzó con un nuevo formato en 1964, publicó sucesivos artículos sobre la elite política británica, la clase obrera inglesa, Hugh Gaitskell, la naturaleza del Partido Laborista y su imperialismo, que siguen siendo tan mordaces y pertinentes hoy como lo fueron entonces: una contribución duradera a la comprensión del país. Este brillante estallido de ensayos maravillosos siguió explotando a lo largo de la década siguiente, durante la cual produjo nuevos estudios sobre el carácter imperial del gran Estado británico y su crisis actual, al tiempo que abría nuevas líneas de investigación: las fiebres del nacionalismo inglés en el imaginario de Enoch Powell, la deformación del nacionalismo escocés en los fantasmas del calvinismo, el romanticismo, la descolonización y los delirios de la resistencia panbritánica a la entrada en Europa. De esta segunda serie de detonaciones surgieron dos libros fundamentales: *The Left against Europe?*, publicado en 1972, y *The Break-up of Britain*, publicado a su vez en 1977 y sustancialmente ampliado en 1981. Durante esta etapa de su producción, se unió a la causa nacional en Escocia y abrió su campo de interés más allá de Ukania, como llamaría más tarde al Reino Unido, con la intención de abordar una teoría del nacionalismo de alcance mundial concebida a imagen de un «Jano moderno», una efigie que mira tanto hacia atrás como hacia delante, al pasado y al futuro, que el marxismo había realmente fracasado en comprender una y otra vez. El punto de inflexión del siglo XX había sido 1914, no 1917: no la clase, sino la nacionalidad era el motor de la historia moderna.

Tras romper con la *NLR* en 1983, Tom había cambiado de opinión sobre el marxismo y sobre Escocia, pero no sobre la naturaleza del sistema político e ideológico británico en el que su país estaba sólidamente inserto. Su tercer libro, el deslumbrante *The Enchanted Glass: Britain and its Monarchy* (1989), demolió el culto a la monarquía ukánica como el burdo sucedáneo de la expresión de un sentimiento nacional que pudiera considerarse de alguna manera convencionalmente moderno. En Escocia, ahora había menos necesidad de insistir en la cursilería del tartán, a medida que tomaba forma una mutación más saludable de la sensibilidad del país de la que él se convertiría en su voz más elocuente e independiente: un teórico y un publicista, que apoyó de forma constante, aunque nunca acrítica, al Partido Nacional Escocés, que en la actualidad domina el panorama político escocés y pretende la reintegración de Escocia en Europa. Ese nuevo compromiso no supuso ningún estrechamiento de sus horizontes, sino que propició, por el contrario, una serie de reflexiones sorprendentemente originales sobre la globalización. Durante la década de 1990, tras la desintegración del bloque soviético, llegó a la conclusión de que las naciones eran ahora, como pocas veces lo habían sido de forma tan inequívoca y decisiva en el pasado, los vectores fundamentales de la emancipación democrática. La globalización, correctamente entendida, constituía la extensión de este proceso a escala mundial. El crecimiento de un nacionalismo democrático, ya no étnico sino cívico, era la tendencia subyacente más profunda de la historia mundial desde la Segunda Guerra Mundial y ofrecía las mejores esperanzas para la humanidad.

Una década más tarde, la cesura del 11-S desbarató esta concepción. De repente, el imperio estadounidense, con sus guerras en Oriente Próximo, y el neoliberalismo, con su «economanía», habían secuestrado la globalización para sus fines reaccionarios. Pero el intento angloestadounidense de «volver a meter al genio del nacionalismo democrático en la botella neoliberal» había provocado «una tormenta creciente de resentimiento y vergüenza» contra él, que lo condenaría al fracaso. El único lugar de agencia colectiva capaz de desarrollar una alternativa creíble al neoimperialismo y al neoliberalismo, liberando al mundo de sus implacables instrumentos de tortura, era el Estado-nación. En *NLR*, a la que había regresado, Tom desmenuzó la obstrucción de Blair a la democratización en su país y su zambullida en la guerra de Iraq, al tiempo que afinaba su defensa de la nación con argumentos a favor de una antropología de la diversidad humana más allá del Estado-nación. Su penúltimo

libro, *Pariah: Misfortunes of The British Kingdom*, constituyó un ataque sin cuartel contra el gobierno del Nuevo Laborismo y una previsión clara de su expulsión final al desierto político; su último opúsculo político, una descripción mordaz de Gordon Brown como «bardo de la britanidad», completó un ciclo que había comenzado con su daguerrotipo de Gaitskell escrito cincuenta años antes.

Mike llegó a *NLR*, como Tom, como un marxista completamente formado, aunque acreedor de un tipo totalmente diferente de formación, ya que esta había sido moldeada por su participación en el Congress of Racial Equality y la Students for a Democratic Society en vez de por el paso por la Scuola Normale Superiore de Pisa. Tras un encuentro mantenido con él en Londres en 1976, le pedimos que escribiera un artículo sobre la izquierda estadounidense a lo cual respondió enviando a la revista una serie de tesis tan sorprendentes que inmediatamente le instamos a que convirtiera ese artículo en un libro, cuyo contrato se firmó en la primavera de 1977. En 1978 publicó su primer artículo importante «Fordism in Crisis: A Review of Michel Aglietta's *Régulation et crises. L'expérience des Etats-Unis*», un ensayo de sesenta páginas sobre la teoría de la regulación del capitalismo estadounidense, que Michel Aglietta había publicado en *Review*, la revista dirigida por Wallerstein adscrita al Fernand Braudel Center, cuya sede se hallaba en Binghamton, al norte del estado de Nueva York. En 1980 se incorporó a la *NLR* como editor adjunto y durante los cinco años siguientes publicó siete ensayos de referencia sobre la sociedad, la economía y la política estadounidenses, que analizaban la formación social estadounidense desde la época de Jackson hasta el triunfo de Reagan, y que se publicaron en forma de libro en 1986 bajo el título de *Prisoners of the American Dream*. Para entonces ya estaba de vuelta en Los Ángeles, explorando un filón diferente, lo cual no le hizo abandonar, sin embargo, el planteamiento de estos primeros artículos, publicando veinte años más tarde en la revista otros cinco grandes diagnósticos, todos ellos notables, de las cambiantes configuraciones de clase verificadas en Estados Unidos y puestas de manifiesto por las elecciones registradas entre 2006 y 2020.

El segundo gran tema de sus escritos comenzó con su estudio de Los Ángeles, *City of Quartz* (1990), seguido a su debido tiempo por otros dos libros sobre la misma metrópoli. Su investigación, sin embargo, se extendía mucho más allá de los confines del sur de California, ya que el futuro de las ciudades en el mundo en general se convirtió en uno de los

temas centrales de su obra. *Magical Urbanism* (2003) exploró la dinámica económica, política y cultural de la creciente población latina presente en las ciudades estadounidenses. *Planet of Slums* (2007) abordó las consecuencias sociales de la urbanización masiva en entornos carentes de industrialización de Asia, África y América Latina: proliferación de áreas urbanas hiperdegradadas en las que, por primera vez en la historia, la población mundial había dejado de ser predominantemente rural, para constatar, sin embargo, que la modernidad generaba una miseria pulverizada. No es que todas las ciudades del Sur fueran Kinshasa, Dhaka o Lima. El petróleo y un precariado extranjero en movimiento también podían dar lugar a Dubái, apodado «Trump on acid» [Trump bajo los efectos del LSD], mucho antes de su acceso al poder. La tercera preocupación de Mike tenía todavía una mayor envergadura y era completamente original. Más difícil de compendiar en una sola frase, abarcaba todas aquellas dimensiones de la vida humana potencial o realmente afectadas por las fuerzas del universo natural, ya estuvieran mediadas socialmente o se hallasen más allá de cualquier rango de acción humana. Fascinado desde niño por la geología y enfrentado a la demografía en las protestas raciales de su juventud, de adulto añadió la climatología, la epidemiología y la astrofísica a su repertorio de intereses, zambulléndose en la respectiva literatura científica existente sobre cada una de estas disciplinas. El resultado fue una serie de intervenciones inolvidables sobre las amenazas que estas variables podían suponer para la vida en el planeta: la desertización tóxica por las pruebas nucleares, la extinción masiva por la caída de asteroides, las inundaciones bíblicas producto del calentamiento global, las pestes mortales causadas por las mutaciones víricas. Cubrió todos estos temas en una sucesión de artículos en la revista y produjo, a partir de su temprano compromiso con las vicisitudes del clima, su obra maestra histórica, *Late Victorian Holocausts* (2001), en la que El Niño y el Imperio británico interactuaron para causar millones de muertes por hambruna en la India, China, Brasil y la totalidad del mundo colonizado.

Esa conjunción surgió del último e imperecedero compromiso de Mike: el internacionalismo, que le separaba de gran parte de la izquierda estadounidense con la que creció, capaz esta de solidarizarse instintivamente con las luchas revolucionarias acaecidas en otros lugares, pero carente del profundo conocimiento sobre el resto del mundo que él poseía. Lo que el internacionalismo significaba para Mike era una comprensión del carácter del imperio estadounidense y de las resistencias al mismo,

lo cual se puso de manifiesto, nada más llegar a la revista, al hilo de su contribución al libro *Exterminism and Cold War*, producto de las actas del simposio homónimo y publicado por New Left Books en 1982, que giró en torno a la acuñación del primero de esos términos por Edward P. Thompson. En su crítica realmente contundente pero respetuosa, Mike analizó la lógica de la «disuasión (nuclear) ampliada» como la estrategia del gobierno de Reagan para contrarrestar la amenaza de nuevas revoluciones en el Tercer Mundo. Veinte años más tarde, «The Flames of New York» (2001) analizaría la prehistoria de las fantasías paranoicas sobre la destrucción de Wall Street antes de que el «exorcismo social a la inversa» del 11-S y la venganza se cebaran sobre Kabul. Posteriormente, *Buda's Wagon* (2007) trazó la historia del coche-bomba, hecho estallar por primera vez por un anarquista en Wall Street en 1920, descrito como «la fuerza aérea de los pobres», ahora enfrentada a quienes gobiernan los cielos de Oriente Próximo, pero empleada también por ellos. Su último proyecto inacabado fue una historia en dos volúmenes de la evolución del imperio estadounidense desde la época colonial hasta el presente, *Star-spangled Leviathan*, y su último texto publicado fue una salvaje denuncia del conflicto interimperialista en Ucrania, «Thanatos Triumphant», aparecido en *Sidcar/El Salto*.

En innumerables aspectos, el contraste entre Tom Nairn y Mike Davis en tanto que expresiones de las diversas sensibilidades de la izquierda fue notable. ¿Llegaron a encontrarse en alguna ocasión o se interesaron recíprocamente por sus respectivos trabajos? ¿Qué les unió en las páginas de la *NLR*? Ante todo, su capacidad analítica —única en sus respectivas cohortes de edad— para descifrar las sociedades en las que se formaron como totalidades inteligibles. Tom aportó este don a la revista y Mike lo aprendió de ella. Lo que escribieron en estas páginas sobre Ukania y el *God's Own Country* fue en cada caso sólo el comienzo de una obra mucho más ambiciosa y amplia en el curso de la cual sus relaciones con la *NLR* distaron mucho de ser siempre armoniosas. Sin embargo, cada uno de ellos terminó su carrera como la había empezado, esto es, siendo un colaborador fundamental en la vida de la *NLR*. La relación con la *NLR* no fue en todo caso lo único que tenían en común. Otras dos cualidades que ambos compartían eran en realidad independientes de ella y se referían a un orden de magnitud diferente. Una era el puro garbo literario, una forma de escribir sobre política tan vívida y combativa que trascendía la prosa política. Detrás del estilo de cada uno de ellos se escondía una constelación de escritores apreciados. En el caso de

Tom: Gramsci, Musil, Mann, Svevo, Nigel Dennis, la poesía de Douglas Dunn, Saint-John Perse, Quasimodo, Harrison. Y en el de Mike: Bloch, Melville, Twain, Wells, Babel, Dos Passos, Lorca. Ambos eran maestros de la metáfora y de la retórica, capaces en ocasiones de excederse en ellas: Tom objeto de invectivas (ciertamente «buenas») por parte de Pockock; Mike, en algunos momentos remotamente afín a Mailer en el epítome de Cockburn de los «rudos» estadounidenses, cuya prosa «en su momento más arrebatador, más escandaloso, más exultante, puede dejarte ir y enseñarte a dejarte ir». Pero por muy extravagante que fuera, en registros diferentes, el imaginario de ambos, el pensamiento de cada uno de ellos era cristalino en su claridad.

Su interrelación con las palabras no era únicamente una cuestión de estilo. El don de la metáfora hablaba de otra faceta de su trabajo, la más grandiosa. Mike capturó este aspecto cuando, al escribir sobre los posibles futuros de la humanidad, modificó el apotegma de Gramsci para convertirlo en «pesimismo de la inteligencia, optimismo de la imaginación». Esa modificación era la cualidad que en última instancia les definía. Cada uno de ellos era un visionario, un pensador con visión de futuro como pocos de los que escriben sobre política lo son. En el caso de Tom esa capacidad le impelió a la memorable sección final de *The Enchanted Glass* titulada «Sooner than You Think» en la cual criticaba a los marxistas que creían vivir en el capitalismo tardío. El propio Marx había sido absoluta e ilógicamente prematuro al creer que antes de que el siglo XIX llegara a su fin, Europa estaba madura para el comunismo, y sus seguidores en el siglo XX no fueron menos ilusos al pensar que el socialismo estaba a la vuelta de la esquina, precisando únicamente de una revolución para materializarse. La realidad era que el capitalismo aún tenía un largo camino por recorrer, generando a su paso tanto progreso como reacción, y si la unificación de Europa era una de las formas que adoptaba la dialéctica, el advenimiento de la democracia era otra, cuya llegada al continente había sido muy reciente, donde el sufragio universal no había llegado a su mitad occidental hasta la década de 1950 y a Estados Unidos en la década de 1960. Tal era la premisa de la teoría de la globalización que Tom llegaría a desarrollar como el verdadero resultado de las primeras intuiciones de Marx a lo largo del Rin, los rápidos liberadores de la modernidad que nos llevan más allá de los pantanos del comunismo a marchas forzadas hasta «cualesquiera de las formas sociales que el océano abierto ante nosotros puede hacer posible».

Ese no fue el viaje que Mike vislumbró. Si volvió a Marx, como había hecho Tom, no fue a su *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, sino a *La lucha de clases en Francia* y a *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* —«mejor leídos como un solo texto»— para refutar la noción de que Marx nunca había analizado concienzudamente el nacionalismo, produciendo por el contrario una teoría materialista del mismo más sofisticada y relevante que las construcciones discursivas de los últimos tiempos. Tampoco tenía sentido descartar apresuradamente toda la experiencia acumulada por la clase obrera europea —más tarde también por la estadounidense— desde la época de Owen y Fourier hasta la de Luxemburg y Lenin como los restos de un pasado superado. El ensayo específico más largo escrito por Mike durante los años de su enfermedad fue un estudio extraordinariamente rico y detallado, que era en realidad un libro, de sus luchas —económicas, sociales, políticas y culturales— comprendidas como un paradigma todavía hoy ejemplar de la agencia colectiva revolucionaria. Si la experiencia termina abruptamente con la derrota de la llamada Acción de Marzo, el levantamiento proletario de 1921 acaecido en Alemania central, comienza con la siguiente pregunta: dado el marchitamiento de esa clase un siglo después, ¿cómo sería hoy una fuerza colectiva capaz de actualizar las esperanzas que en su día inspiraron a esos trabajadores y trabajadoras? Su respuesta es la siguiente: «El actual periodo de globalización se define por una trilogía de economías ideal-típicas, que son la superindustrial (Asia Oriental costera), la financiera/terciaria (Atlántico Norte) y extractiva hiperurbanizadora (África Occidental)», razón por la cual «el marxismo contemporáneo debe ser capaz de examinar cuidadosamente el futuro desde las perspectivas simultáneas de Shenzhen, Los Ángeles y Lagos, si quiere resolver el rompecabezas de cómo podrían encajar categorías sociales heterodoxas en una única resistencia al capitalismo». Si se lograra tal trinidad, ¿cómo sería el mundo al que debería aspirar? En el futuro imaginado por Mike, las aguas que para Tom representaban un vasto e inexplorado continente de promesas, representan para el primero lo opuesto, inundaciones que amenazan con acabar con toda la vida existente en el planeta de las que sólo podría salvarnos un arca capaz de alcanzar la seguridad de la tierra, donde podrían construirse nuevos tipos de ciudad, que huyeran de la aglomeración incontrolada para intercalar la vegetación.

En la década de 1960, cuando Tom y Mike empezaron, pocos en la izquierda dudaban de que el futuro sería mejor para el socialismo que el presente. Pero parecía poco probable que produjera

escritores o pensadores del calibre de los maestros de la época: un Mills, un Thompson, un Adorno, un Sartre, un Lukács. Siempre es arriesgado juzgar a los contemporáneos. Pero, cada uno a su manera, ¿fueron Mike Davis y Tom Nairn sucesores insignificantes? Llevará tiempo juzgarlo. El panorama político actual puede parecer bastante sombrío, pero las reservas potenciales de talento y energía existentes en las fuerzas más jóvenes de la izquierda, a medida que la desigualdad entre sexos y razas disminuye en todo el mundo, quizá nunca hayan sido tan profundas. Hay motivos para confiar en que las líneas que estos dos continuaron no serán rotas fácilmente.